



TIEMPO DE HISTORIA

A grayscale background image of a heavily damaged and broken Roman column. The column is the central focus, showing significant cracking and crumbling, with many fragments of stone floating around it, suggesting a recent collapse. The column is set on a tiered base.

LA CAÍDA DEL IMPERIO ROMANO

PETER HEATHER

CRÍTICA

Peter Heather

La caída del imperio romano



Traducción castellana de
Tomás Fernández Aúz
y Beatriz Eguibar

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: enero de 2006
Primera edición en esta nueva presentación: febrero de 2021

La caída del imperio romano
Peter Heather

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *The Fall of the Roman Empire*

© Peter Heather, 2005

© de la traducción, Tomás Fernández Aúz y Beatriz Eguibar, 2006

© Editorial Planeta, S. A., 2021
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-270-7
Depósito legal: B. 21.782-2020
2021. Impreso y encuadernado en España por Limpergraf

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

1

Los romanos

Principios del invierno del 54 a. C.: un típico día de noviembre, húmedo y gris, en la Bélgica oriental. En un campamento militar romano emplazado en lo que hoy es la ciudad de Tongres, cerca del punto en el que ahora confluyen las fronteras de Bélgica, Holanda y Alemania, se está celebrando un consejo de guerra. Una legión entera —diez cohortes compuestas teóricamente por quinientos hombres cada una—, junto con otras cinco cohortes, habían sido constituidas en brigada en estos cuarteles de invierno situados inmediatamente al oeste del Rin, en el territorio de una pequeña tribu de habla germánica denominada de los eburones. Al término de cada temporada de campaña, la práctica habitual de Julio César consistía en dispersar a sus legiones por los campamentos fortificados. Éstos eran construidos por los propios legionarios según una pauta estándar: un foso, un terraplén, un muro y unas torres de defensa en el exterior, y los barracones de acuartelamiento en el interior. La longitud de los muros venía dictada por una antigua fórmula: doscientas veces la raíz cuadrada del número de cohortes que debían albergar. Las tribus sometidas del entorno inmediato cargaban con la responsabilidad de abastecer a las tropas durante el invierno, hasta que la hierba volviera a crecer para dar sustento a los animales de carga y poder comenzar de nuevo la campaña.

Al principio, todo había ido bien. Las fuerzas romanas habían sido conducidas hasta su campamento por los dos reyes de los eburones, Ambiorix y Catuvelo, de edad algo avanzada. El fuerte quedó construido a tiempo, y los eburones aportaron los primeros suministros de alimentos. Sin embargo, unas tres semanas después, las cosas empezaron a torcerse. Espoleados por los movimientos de rebelión surgidos en

otros lugares, y arengados por Induciomaro, cabecilla de los mucho más numerosos tréveros, una tribu vecina asentada en el valle del Mosela, algunos eburones se emboscaron y aniquilaron a un pequeño grupo romano de aprovisionamiento. Después se lanzaron contra las murallas del fuerte romano, aunque se retiraron rápidamente bajo una lluvia de proyectiles. El clima reinante en el campamento romano se volvió súbitamente incómodo, y la intensidad de la inquietud creció a gran velocidad. Ambiorix y Catuvoleo acudieron a parlamentar, y ambos declararon que la responsabilidad del ataque recaía sobre un puñado de exaltados. Ambiorix, en particular, se describió con entusiasmo como un fiel aliado romano. Dijo que podía darse por seguro que se avecinaba una revuelta de gran envergadura y que, procedente del este del Rin, una enorme cantidad de germanos a sueldo estaba a punto de abalanzarse sobre la Galia. No le correspondía a él decir a los jefes romanos lo que debían hacer, señaló, pero si querían concentrar sus fuerzas para hacer frente al ataque, él garantizaría a la brigada un corredor seguro hasta cualquiera de los otros dos campamentos de legionarios situados a unos ochenta kilómetros de distancia, uno al sureste y otro al suroeste.

Las cosas no hubieran salido mejor de haber escrito el guión el propio Ambiorix. Las fuerzas romanas estaban capitaneadas por un par de legados, Quinto Titurio Sabino y Lucio Aurunculeyo Cotta. Su consejo de guerra fue largo y estuvo presidido por el rencor. Cotta y varios de sus principales subordinados estaban decididos a permanecer en la plaza. Tenían comida, y el campamento estaba atrincherado por los cuatro costados. César enviaría refuerzos tan pronto como tuviese noticia de la revuelta —y la Galia era famosa por la velocidad a la que podían circular los rumores—. Sabino, sin embargo, argumentó que los pobladores de la zona no se habrían atrevido a rebelarse si César no se hubiese marchado ya a Italia. Sólo Dios sabía cuándo le llegarían las noticias de la revuelta, y las legiones, dispersas como estaban en sus distintos cuarteles de invierno, se enfrentaban a la posibilidad de ser aniquiladas poco a poco. En opinión de Sabino, por tanto, debía aceptarse el ofrecimiento de un corredor seguro. No había tiempo que perder. Le influía también el hecho de que el fuerte alojaba a la menos experimentada de las legiones de César, pues había sido reclutada en la primavera anterior y su cometido se había ceñido a servir de custodia para sus pertrechos durante las principales batallas de la última campaña. El consejo prosiguió, entre estallidos de cólera y voces airadas, y Sabino reveló deliberadamente

a los soldados que estaban cerrando los ojos a un plan que podría conducirlos rápidamente a lugar seguro. Hacia la medianoche, Cotta cedió. Lo más importante para la moral era mantener un frente unido entre los mandos. A toda prisa, los legionarios se prepararon para partir, y salieron al amanecer. Convencidas de que Ambiorix había hablado como amigo, las fuerzas romanas partieron en formación de marcha, no de combate, y se dispusieron a transportar, con una extensa columna, la mayor parte de su impedimenta pesada.

A tres kilómetros del campamento, la ruta atravesaba unos espesos bosques y descendía a un profundo valle. Antes de que la avanzadilla hubiese trepado por la otra vertiente, y mientras el grueso de la columna seguía desfilando por el fondo del valle, se disparó la trampa. Los eburones surgieron a ambos lados por encima de sus cabezas y arrojaron un diluvio de proyectiles sobre los romanos. La lucha se prolonga, pero los eburones alcanzan una victoria total. Al amanecer del siguiente día, sólo quedan con vida unos cuantos romanos rezagados que se habían escondido aprovechando el caos. La inmensa mayoría de los más de siete mil hombres que sólo unas semanas antes habían levantado el campamento ha muerto. Un desarrollo de los acontecimientos brutal y asombroso por lo inesperado. No era ése el destino que habría cabido esperar que le tocara en suerte a ninguno de los ejércitos de Julio César, célebre por la más grandiosa de las jactancias: *Veni vidi vici* —«Llegué, vi, vencí».

La acción, sin embargo, merece un examen más detenido. Pese a que esta brigada en concreto se hubiera visto arrollada, los detalles del choque demuestran de modo gráfico la sorprendente capacidad de combate del soldado legionario sobre el que se asentaba el propio imperio romano. Sabino perdió la cabeza nada más comenzar la emboscada, cosa que no resulta sorprendente en un comandante que debiera haber comprendido inmediatamente que estaba conduciendo a sus hombres a una trampa mortal. A Cotta le fue algo mejor. Había presentido la traición desde el principio y había tomado todas las precauciones posibles. Cuando los proyectiles comenzaron a caer, él y sus principales centuriones hicieron que la estirada columna formase rápidamente en cuadro y abandonara la impedimenta. Ahora ya podía dar órdenes, y las cohortes maniobraron como una unidad, pese a que la posición táctica les era completamente adversa. Ambiorix tenía la ventaja de una posición superior y el suficiente control sobre sus seguidores para aprovecharla. Los eburones

rehuyeron la pelea cuerpo a cuerpo durante varias horas y se limitaron simplemente a arrojar proyectiles desde lo alto: lanzas, flechas y piedras despedidas con sus hondas. Entre los romanos las víctimas aumentaron rápidamente. Cada vez que una cohorte hacía una salida ordenada hacia la derecha o la izquierda, en un intento de trabar el cuerpo a cuerpo con sus atormentadores, sus integrantes se exponían a ser hostigados por la retaguardia. Atrapados, con las fuerzas menguantes, la tropa romana logró la extraordinaria proeza de resistir ocho horas. Llegados a este punto, Sabino trató de parlamentar con Ambiorix, pero los romanos, gruñó Cotta pese a haber recibido en plena cara el proyectil de una honda, no establecen acuerdos con un enemigo armado. Sabino fue derribado antes de terminar de hablar, y para los eburones esa fue la señal para lanzarse a la carga y acabar con ellos. Fueron muchos los legionarios que lucharon y murieron con Cotta en el fondo del valle, pero algunos de ellos lograron mantener la formación y abrirse camino para regresar hasta el campamento, situado a tres kilómetros. Una vez allí, los supervivientes mantuvieron a los eburones a raya hasta el anochecer, y entonces, como un solo hombre, prefirieron suicidarse a caer en manos del enemigo. Si los custodios de la impedimenta estaban dispuestos a luchar durante un día entero sin esperanza de éxito y a suicidarse en bloque antes que rendirse, los enemigos de Roma iban a verse en un grave aprieto.¹

EL ASCENSO DE LA ROMA IMPERIAL

Si los cimientos del poder imperial se asentaban firmemente en el poderío militar de sus legiones, la piedra angular de su asombroso espíritu combativo puede atribuirse a su adiestramiento. Como siempre sucede con la instrucción de todas las élites militares —antiguas y modernas— la disciplina era feroz. No habiendo ningún tribunal de derechos humanos por el que preocuparse, los instructores podían golpear con entera libertad al desobediente —hasta la muerte si era necesario—. Y si toda una cohorte desobedecía las órdenes, el castigo era la diezma: uno de cada diez hombres era azotado hasta morir delante de sus camaradas. Sin embargo, no es posible basar la moral exclusivamente en el miedo, así que la cohesión del grupo se generaba también por medio de métodos más positivos. Los reclutas se entrenaban juntos, combatían juntos y jugaban juntos en grupos de ocho, formando así un *contubernium* (li-

teralmente, un grupo que comparte una tienda). Y se los seleccionaba cuando aún eran muy jóvenes: todos los ejércitos prefieren a los hombres jóvenes, rebosantes de testosterona. Se negaba a los legionarios la posibilidad de un contacto sexual regular: las mujeres y los niños podían hacer que se lo pensarán dos veces antes de enfrentarse a los riesgos de la batalla. La preparación básica era agotadora. Los legionarios tenían que acostumbrarse a realizar marchas de 36 kilómetros en cinco horas, cargados con los 25 o más kilos de la coraza y el equipo. Constantemente se les repetía lo magníficos que eran, lo extraordinarios que eran sus amigos, lo elitista que era la fuerza a la que pertenecían. Un proceso igual al que siguen los infantes de marina estadounidenses, pero mucho más desagradable.

Como consecuencia de toda esta preparación se obtenían grupos de jóvenes que estaban en perfecta forma física, que manifestaban un comportamiento brutal por haber sido tratados con brutalidad en ocasiones, que habían desarrollado fuertes vínculos mutuos, aunque se les negara la posibilidad de cualquier otro sólido lazo emocional, y que se enorgullecían hasta la exaltación de la unidad a la que pertenecían. Esto quedaba simbolizado en los juramentos religiosos que se prestaban a las insignias de la unidad, las legendarias águilas. Al finalizar su instrucción, el legionario juraba por su vida y honor seguir a las águilas y no abandonarlas nunca, ni siquiera ante la muerte. Era tal la determinación de no permitir que las insignias cayesen en manos enemigas que uno de los portaestandartes de Cotta, Lucio Petrosidio, arrojó el águila por encima de las murallas de Tongres en el momento en el que él mismo era fulminado antes que permitir que fuera capturada. El honor de la unidad, unido al vínculo con los camaradas de tropa, se convirtió en el elemento más importante de la vida del legionario, y se transformó en el cimiento de un espíritu de combate y de una disposición a la obediencia de las órdenes que pocos adversarios podían igualar.

A este condicionamiento psicológico y físico, la instrucción romana unía unas destrezas prácticas de primer orden. Si lo estimamos con los criterios de la época, los legionarios romanos estaban bien armados, pero no tenían ningún arma secreta. Habían copiado de sus vecinos gran parte de su equipo: el característico e imponente escudo —el *scutum*—, por ejemplo, lo habían tomado de los celtas. Sin embargo, eran cuidadosamente entrenados para utilizarlo del mejor modo posible. Cuando luchaban de forma individual, se les enseñaba a no parar con la espada los

golpes violentos asestados con el brazo extendido. Estas acometidas debían ser detenidas con el escudo, mientras, con un escueto movimiento de apuñalamiento, se descargaba la característica espada corta del legionario —el *gladius*— en el costado que el oponente había dejado al descubierto con su propio movimiento. Los legionarios también estaban equipados con una coraza defensiva, y esto, unido a la instrucción militar, les proporcionaba una enorme ventaja en el combate cuerpo a cuerpo.

Por tanto, durante sus campañas en las Galias, las tropas de César consiguieron derrotar a fuerzas enemigas muy superiores en número. Ambiorix había actuado con conocimiento de causa al evitar que sus eburones se precipitaran colina abajo hasta no haber reducido en gran medida los efectivos romanos con ocho horas de lanzamiento de proyectiles. Desde un punto de vista más amplio, las legiones estaban entrenadas para maniobrar como unidades, recibir las órdenes mediante toques de corneta y mantener su cohesión incluso en el caos de la batalla. En consecuencia, todo comandante romano de valía podía embestir con la máxima fuerza cuando se presentara la oportunidad, y retirarse en buen orden si era necesario. Las tropas disciplinadas y unidas tienen una enorme ventaja, incluso frente a grandes cantidades de adversarios feroces que actúen no obstante de forma individual, y sólo la decisiva desventaja táctica de verse atrapado en un valle impidió que Cotta agrupara sus cohortes con contundentes resultados. En un terreno más nivelado, y en otra ocasión, un puñado de hombres compuesto únicamente por trescientos legionarios que habían quedado aislados logró defenderse durante cuatro horas frente a seis mil adversarios con un saldo de sólo unos cuantos heridos.²

Las legiones romanas poseían otras destrezas. Uno de los elementos habituales de la instrucción las obligaba a aprender a construir, y a construir con rapidez. Calzadas, campamentos fortificados y máquinas de asedio eran sólo unas cuantas de las tareas que debían acometer. En una ocasión, César consiguió tender un puente de pontones sobre el Rin en sólo diez días, y contingentes muy pequeños de tropas romanas controlaban con regularidad vastos territorios desde las murallas defensivas de sus propios campamentos. El parecer de Cotta, que aquel día de noviembre optaba por permanecer en la plaza, bien pudo haberse visto secundado por el éxito. Tres años antes, otro contingente romano, compuesto únicamente por ocho cohortes, había sido enviado a pasar el invierno a un valle de los Alpes cercano a las fuentes del río Ródano, en

los altos que rodean el lago de Ginebra, porque César trataba de conseguir que el paso de San Bernardo fuese seguro. Enfrentados a un enemigo que los superaba tremendamente en número, los legionarios utilizaron sus fortificaciones y sus conocimientos tácticos para infligir tal derrota a sus atacantes que después lograron replegarse sin hostigamiento.

La capacidad de construcción de las legiones podía emplearse con idéntica eficacia en las ofensivas basadas en el asedio —como ocurrió con la celebérrima dominación de Alesia, castro y cuartel general del gran dirigente galo Vercingetórix—. En este caso, y a lo largo de un perímetro de veintidós kilómetros y medio, las legiones de César cavaron tres fosos concéntricos y orientados hacia el interior —uno de seis metros de ancho y otros seis de profundidad, y los otros dos de cuatro metros y medio— y los llenaron de distintos tipos de trampas mortales. Este dispositivo se hallaba además respaldado por el terraplén y la empalizada habituales, de tres metros y medio de alto, rematada con un borde almenado y salpicada de torres a intervalos de 24 metros. Al llegar fuerzas de auxilio galas para levantar el sitio, los romanos añadieron un conjunto de barricadas similar, esta vez orientadas hacia afuera. La consecuencia fue que los romanos quedaron capacitados para impedir los muchos intentos que sus adversarios, muy superiores en número, realizaron para romper el cerco, ya fuese de fuera adentro o viceversa. Lograron así luchar con una ventaja táctica, ya que las fortificaciones les daban el tiempo suficiente para enviar con rapidez tropas de reserva a los puntos amenazados. En otro asedio, el del aparentemente inexpugnable fuerte galo de Uxellodunum, César utilizó una torre de diez pisos levantada sobre una enorme rampa, a lo que añadió pasadizos subterráneos, para impedir que los defensores del fuerte tuvieran acceso al manantial de montaña que era su única fuente de agua, y de este modo los obligó a rendirse.

Aunque la legión romana era, en el combate, una máquina de matar totalmente profesional, también era mucho más. Su capacidad para realizar construcciones lograba convertir la inmediata victoria militar en una dominación a largo plazo de territorios y regiones: era un arma estratégica con la que era posible construir un imperio.³

Las campañas de César en la Galia forman parte de una fase relativamente tardía del ascenso de Roma al dominio imperial. Roma había iniciado su vida como una más de las muchas ciudades-estado existentes. Al principio luchó por su supervivencia y más tarde para obtener la

hegemonía local en el centro y sur de Italia. Los orígenes de la ciudad se hallan envueltos en mitos, y lo mismo sucede con los pormenores de muchas de sus primeras guerras locales. Sin embargo, a partir de finales del siglo VI a. C. tenemos ya algún conocimiento acerca de esas luchas, y sabemos que continuaron produciéndose de forma periódica hasta principios del siglo III a. C., época en la que quedó establecido el dominio de Roma sobre su ámbito inmediato con la capitulación de los etruscos en 283, y con la derrota de las ciudades-estado griegas del sur de Italia en 275. Con su victoria sobre sus adversarios locales, Roma pasó a medirse en pugnas regionales contra Cartago, la otra gran potencia del Mediterráneo occidental. La primera de las llamadas guerras púnicas duró desde el año 264 hasta el 241 a. C., y terminó cuando los romanos convirtieron Sicilia en su primera provincia. Tuvieron que librar aún dos guerras más, entre los años 218 a 202, y 149 a 146 a. C., para terminar aplastando a la potencia cartaginesa, pero la victoria convirtió a Roma en una potencia sin rival en el Mediterráneo occidental, una potencia que ahora añadía el norte de África e Hispania a la base de poder que ya poseía. Al mismo tiempo, la potencia romana comenzó también a expandirse a territorios más alejados. En 167 a. C., conquistó Macedonia, y a partir del año 140 a. C. estableció sobre Grecia una dominación directa. Esto presagiaba ya la afirmación de la hegemonía romana en la totalidad de los fértiles territorios interiores del Mediterráneo oriental. Hacia el año 100 a. C., Cilicia, Frigia, Lidia, Caria y otras muchas provincias del Asia Menor pasaron a manos romanas. Otras les siguieron rápidamente. El círculo de la dominación del Mediterráneo quedó cerrado con la anexión de la Siria selúcida por Pompeyo en el año 64 a. C., y por la de Egipto por Octavio en el 30 a. C.

El Mediterráneo y sus costas fueron siempre el centro principal de las ambiciones imperiales de Roma, pero para asegurarlas, se descubrió muy pronto que era necesario desplazar a las legiones situadas al norte de los Alpes a la Europa no mediterránea. La afirmación del dominio romano sobre los celtas de la Italia septentrional se vio seguido en poco tiempo por la creación en la década de 120 a. C. de la provincia de la Galia narbonense, esto es, en esencia, la Francia mediterránea. Este nuevo territorio era necesario para garantizar la defensa del norte de Italia, ya que las cordilleras montañosas no constituían por sí mismas —ni siquiera las más elevadas— un límite fronterizo, como había demostrado Aníbal. A finales del período republicano y principios del imperial,

aproximadamente los cincuenta años que se extienden a ambos lados de la fecha del nacimiento de Cristo, el imperio también continuó creciendo, impulsado por el deseo de gloria personal de sus dirigentes. Para esta fecha, la realización de conquistas en ultramar se había convertido en una reconocida vía de acceso al poder en Roma, así que siguieron produciéndose conquistas en zonas que ni eran tan productivas ni tenían un valor estratégico tan vital. Gracias a Julio César, toda la Galia cayó en poder de Roma entre los años 58 y 50 a. C. Esta conquista se vio seguida por otras, ya bajo el dominio de su sobrino y sucesor designado, Octavio, más conocido como Augusto, el primer emperador romano. Hacia el 15 a. C., las sandalias de tachuelas de los legionarios se desplazaron a las regiones Alta y Media del Danubio —aproximadamente las actuales Baviera, Austria y Hungría—. Durante mucho tiempo, algunas de esas tierras habían pertenecido a reyes clientes de los romanos, pero ahora quedaron convertidas en provincias y sujetas a un control directo. Para el año 9 a. C., todo el territorio que se extendía hasta el río Danubio había quedado anexionado, y se añadió al imperio un arco de terreno situado en torno de los pasos alpinos por los que se accedía a Italia. Durante los treinta años siguientes, poco más o menos, el límite del imperio en el norte de Europa se desplazó con movimientos de avance y repliegue en dirección al río Elba antes de que la dificultad de conquistar los bosques de Alemania condujese al abandono de las ambiciones de Roma al este del Rin. En el año 43 d. C., ya bajo la autoridad de Claudio, comenzó la conquista de Britania, y unos tres años después, el antiguo reino de Tracia (el territorio que ocupa la actual Bulgaria y sus inmediaciones) quedó formalmente incorporado al imperio como una provincia más. Finalmente, las fronteras septentrionales se detuvieron junto al curso de dos grandes ríos —el Rin y el Danubio— y, *grosso modo*, allí permanecieron durante el resto de la historia del imperio.⁴

El sistema militar romano y las conquistas de Roma fueron por tanto el resultado de siglos de guerra. No obstante, la sola fuerza militar no bastaba para levantar un imperio. A lo largo de toda su historia, y allí donde resultó necesario, el imperio combinó su bien orientada diplomacia con ataques absolutamente implacables. En varias ocasiones, César trató a sus galos cautivos con gran clemencia, y los envió a su patria cuando consideró que así favorecía los intereses de Roma. Del mismo modo, siempre tuvo buen cuidado de no forzar demasiado la lealtad de los grupos galos que se habían rendido ante él, y sólo impuso una de-



1. El imperio romano en el siglo IV

manda mesurada de tropas auxiliares y avituallamiento. También estaba dispuesto a desplegar sus legiones para proteger a sus nuevos aliados de la agresión de una tercera potencia. En vista de esta actitud relativamente moderada, muchos grupos galos comprendieron rápidamente que era muy probable que la cooperación se revelase más beneficiosa que el enfrentamiento. Estas tácticas habían venido empleándose durante largo tiempo, así que la empresa militar encaminada a construir el imperio romano se vio jalonada en repetidas ocasiones por episodios de éxito diplomático. En el año 133 a. C., por ejemplo, Atalo III, el último gobernante independiente del rico reino helenístico de Pérgamo, en el actual noroeste de Turquía, legó su estado a Roma por voluntad propia.

Sin embargo, la diplomacia conciliatoria sólo lograba estos éxitos debido a que se planteaba en casos escogidos y a que el ofrecimiento se recortaba sobre el telón de fondo de una despiadada y bien controlada brutalidad. Tras la tercera guerra púnica, que humilló finalmente el poderío de Cartago, el senado romano decretó que la ciudad entera debía ser borrada del mapa. Su emplazamiento fue simbólicamente roturado con sal para evitar su futura ocupación. Más lejos, hacia al este, el mayor enemigo de Roma era Mitrídates VI Eupátor* Dionisos, rey del Ponto, que en un determinado momento dominó la mayor parte de la actual Turquía y la costa septentrional del mar Negro. Fue responsable de la atrocidad conocida con el nombre de *Vísperas asiáticas*, acción por la que miles de habitantes romanos e italianos fueron asesinados en los territorios dominados por él. Llevó algún tiempo, pero tres campañas distintas —las guerras mitridáticas— lograron finalmente, hacia el año 63 a. C., recluir al antes orgulloso rey en un último reducto situado en la península de Crimea. Una vez en ella, Mitrídates decidió quitarse la vida, pero dado que los años que había dedicado a tomar precauciones le habían vuelto inmune a los venenos, tuvo que pedir a uno de sus guardias que le traspasara con la espada.

El enfoque dado por César al problema de la Galia también podía ser implacable. Los dirigentes adversarios considerados responsables de fomentar conflictos eran azotados hasta morir —ése fue el castigo impuesto a Acco, dirigente de los senones y de los carnutes galos al final de

* También conocido como Mitrídates el Grande. El sobrenombre de Eupátor le viene por haber descubierto y usado una hierba llamada eupatoria. Precisamente de sus conocimientos botánicos podría venirle a este rey la reputación de ser inmune a los venenos. (*N. de los t.*)

la campaña de combates del año 53 a. C.—. Los grupos de oponentes que se negaran a rendirse al aproximarse las legiones podían ser vendidos en bloque como esclavos, o ser incluso exterminados sin más, como sucedía en algunas ocasiones. En el 52 a. C., César se vio retrasado durante un tiempo por la cerrada defensa del castro de Avaricum. Su acción de ataque había sido emprendida como respuesta a la previa masacre de comerciantes romanos y de sus familias. Cuando finalmente consiguió quebrar las defensas, dio rienda suelta a las legiones, que mataron y pillaron. Se dice que sólo sobrevivieron ochocientas personas de una población total de cuarenta mil hombres, mujeres y niños. En este caso, como siempre, no hay forma de saber hasta qué punto exageraba César las cifras, pero tampoco hay duda alguna de la ferocidad con la que los romanos acobardaban a sus adversarios.⁵

Otra de sus características era que nunca perdonaban ni olvidaban. Como cabía esperar, se exhibió la misma crueldad para vengar las muertes de Cotta y sus hombres. Tras haber sido escogido para dirigir varias operaciones de asedio, Induciomaro, cabecilla de los tréveros, fue elegido para realizar una salida con la caballería, y ésta le costó la vida. Y en cuanto a los eburones, fueron obligados a dispersarse ante el prolongado asalto de sus territorios, que fue uno de los objetivos de la siguiente campaña. En vez de desperdiciar las vidas de sus propios soldados para sacar a los bárbaros de su escondrijo de los bosques, César cursó magnánimamente una invitación general a las tribus vecinas, a las que instó a salir y a unirse al saqueo. Todos sus poblados fueron incendiados, y fueron muchos los eburones que murieron en las numerosas escaramuzas. El rey de los eburones, Catuvoleo, pronto se sintió harto. Según lo refiere César, «al descubrir que no podía sostener el esfuerzo bélico ni huir, [Catuvoleo] maldijo a Ambiorix ante todos sus dioses por haber sugerido semejante proyecto, y se ahorcó de un tejo». Es muy posible que si él mismo no se hubiese ahorcado, otro le hubiera obligado a hacerlo. Ambiorix, por su parte, huyó y logró sobrevivir durante varios años. Su suerte no ha quedado registrada en los *Comentarios a la Guerra de las Galias* de César. Le vemos por última vez en el 51 a. C., cuando otro contingente romano saquea y quema el territorio de los eburones con el objetivo específico de suscitar un odio tan intenso hacia Ambiorix que sus propios compatriotas se ocupen de él por propia iniciativa.⁶

Estas maniobras políticas del palo y la zanahoria difícilmente podrían considerarse obra de un genio, pero no era necesario que lo fuesen. Si se las aplicaba en unión de las legiones en la precisa coyuntura de la historia de la Eurasia occidental constituían un instrumento suficientemente apto para levantar un imperio.

Roma creó así un vasto estado que, en su diagonal mayor, se extendía desde el Muro de Adriano, situado en la frontera que separa a Inglaterra de Escocia, hasta Mesopotamia, regada por los ríos Tigris y Éufrates. La distancia que cubría esta línea era de unos cuatro mil kilómetros. De norte a sur, unos dos mil kilómetros, que por comparación parecían insignificantes, separaban las instalaciones romanas ubicadas en el estuario del Rin de los puestos de guardia de la cadena montañosa del Atlas, en el norte de África. El imperio romano también disfrutó de una larga vida. Si descontamos la breve aventura de Transilvania (que no duró más que ciento cincuenta años), Roma gobernó la práctica totalidad de su territorio durante el asombroso lapso de tiempo de cuatrocientos cincuenta años, desde la era de Augusto hasta el siglo V d. C. Cuando los acontecimientos se remontan tan lejos en el pasado, es posible perder la verdadera perspectiva del tiempo. Vale la pena detenerse simplemente un instante a considerar que si retrocedemos cuatrocientos cincuenta años desde la fecha presente nos encontraríamos en 1555, lo que en la historia británica implica situarse justo antes de que Isabel I accediera al trono. Y desde un punto de vista más amplio, la implicación nos lleva a una Europa agitada por la convulsión de la Reforma. En otras palabras, el imperio romano se prolongó durante un inmenso período de tiempo. Y tanto en lo tocante a su tamaño como a su longevidad, el poderío militar de las legiones de Roma creó el estado de mayor éxito que este rincón del globo haya conocido jamás. Por supuesto, lo que siempre ha hecho que el estudio de su derrumbamiento resulte tan irresistible, es el formidable alcance de este éxito.

La longevidad del imperio nos conduce a otro punto de crucial importancia. Si uno se detiene a pensarlo, se hace inmediatamente evidente que el imperio no pudo haber permanecido sin cambios durante tantos siglos. Inglaterra ha venido siendo un reino de forma más o menos ininterrumpida desde los tiempos de Isabel I, pero ha cambiado hasta resultar irreconocible. Lo mismo ocurrió con el imperio romano: sus más de cuatrocientos años de historia convirtieron al imperio romano tardío del siglo IV d. C. en una entidad que Julio César apenas habría sido capaz de reconocer. Se ha solido ver tradicionalmente un vínculo

entre estos dos factores, lo que ha generado una escuela de pensamiento que ve en las transformaciones clave que se fueron gestando durante los largos siglos de vida del imperio la raíz causal de su desplome. En este sentido, los distintos historiadores han optado por resaltar transformaciones distintas. Para Edward Gibbon, como es bien sabido, la cristianización del imperio constituyó un momento crucial, debido a que su ideología pacifista fue minando el espíritu combativo del ejército romano y a que su teología difundió una superstición que socavó la racionalidad de la cultura clásica. En el siglo XX surgió una corriente que adquirió mayor fuerza: la de concentrarse en los factores económicos. A. H. M. Jones, por ejemplo, argumentaba en 1964 que el peso de los impuestos se hizo tan gravoso en el imperio del siglo IV que los campesinos quedaron con una cantidad de producto excesivamente escasa para garantizar la supervivencia de sus familias.⁷

No hay duda de que para decir algo sensato sobre la caída de Roma es necesario comprender los cambios internos que hicieron que el imperio tardío resultase tan distinto de su equivalente anterior. Por otro lado, este libro argumentará que hoy es insostenible la tesis que afirma que fueron las propias transformaciones internas de Roma las que la debilitaron a tal punto en el siglo IV que lo dejaron todo dispuesto para que se derrumbara bajo su propio peso en el V. Las raíces del desmoronamiento del siglo V han de buscarse en otro lugar. Para dejar sentado este punto de partida fundamental, es necesario ahondar un tanto en el funcionamiento del imperio romano tardío y en los cambios que lo crearon. El lugar por el que hay que comenzar es la propia Roma.

«LA MEJOR AGRUPACIÓN DEL GÉNERO HUMANO»

En el siglo IV d. C. la ciudad permanecía igual que en tiempos de César: seguía siendo una masa urbana imperial irregular. Los visitantes acudían, como hacen hoy, para admirar sus monumentos: el foro, el Coliseo, el senado, y una larga lista de palacios, tanto imperiales como privados. Los gobernantes romanos habían dotado a la ciudad de monumentos que constituían su gloria: por ejemplo, la columna esculpida de Marco Aurelio, levantada en conmemoración de las victoriosas guerras que había librado en el extranjero durante el siglo II, y, en fecha más reciente, el arco de Constantino I, erigido en la década de 310 para señalar las vic-

torias del emperador sobre los enemigos internos. De igual forma, su población seguía siendo, en sentido categórico, una población imperial, una población artificialmente inflada por el torrente de ingresos procedente del resto del imperio. En el siglo IV, el número de habitantes de Roma ascendía tal vez a un millón de almas, mientras que sólo un puñado de las demás ciudades superaba las cien mil personas, y la mayoría tenían menos de diez mil. Proporcionar alimento a esta población era un constante quebradero de cabeza, en especial porque aún había un gran número de personas acreedoras a las diarias donaciones gratuitas de pan, aceite de oliva y vino que se asignaban a la ciudad como gratificaciones de conquista. El reflejo más llamativo del problema de aprovisionamiento resultante es el de los aún imponentes restos de las dos ciudades portuarias de Roma: Ostia y Tíbur. Como no bastaba con un complejo de muelles para generar el suficiente aflujo de alimentos, se construyó un segundo complejo. Las gigantescas excavaciones patrocinadas por la Unesco en Cartago, capital del norte romanizado de África, han iluminado el problema desde su polo opuesto, ya que han desenterrado las enormes instalaciones portuarias construidas en esa ciudad para estibar en los buques el cereal destinado a alimentar el eje del imperio.⁸

En el corazón de la ciudad, en toda la extensión del término, se alzaba el senado, el centro político que había engendrado al propio César, junto con la mayoría de sus aliados y sus adversarios. En vida de César, el senado estaba compuesto por unos novecientos hombres, todos ellos ricos terratenientes y ex magistrados, a los que acompañaban sus incondicionales, todos ellos instalados en fincas contiguas a la ciudad. Estos incondicionales eran las familias patricias que dominaban la política, la cultura y la economía de la Roma republicana.⁹ El senado del siglo IV contaba con muy escasos descendientes directos de estas antiguas familias, si es que contaba con alguno. La razón era sencilla. El matrimonio monógamo tiende a no producir un heredero varón durante más de tres generaciones seguidas. En circunstancias naturales, aproximadamente el 20 por 100 de las relaciones monógamas no tiene ninguna descendencia, y otro 20 por 100 trae al mundo una descendencia totalmente femenina. Pueden darse excepciones (y entre las más notables destaca la de la dinastía capetiana de la Francia medieval, que engendró una descendencia directa de herederos varones durante más de seiscientos años), pero podría apostarse con grandes probabilidades de acertar que ninguna de las familias senatoriales del siglo IV podía remontarse directamen-

te por línea masculina hasta los contemporáneos de Julio César. De forma indirecta, sin embargo, muchas de esas familias descendían de los antiguos grandes de Roma —desde luego, un cierto número de ellas así lo proclamaba—, y el modelo al que se ajusta su riqueza así lo indica.

De todos los senadores de la Roma tardía, el que mejor conocemos, a través de sus propios escritos, es un hombre llamado Quinto Aurelio Símaco, cuya vida adulta abarcó la segunda mitad del siglo IV. Los textos que nos han llegado constan de siete discursos y de unas novecientas cartas, todo ello escrito entre el 364 y el año de su muerte, en 402. Preparados en parte por el propio autor, los documentos fueron publicados de forma póstuma por su hijo, y los monjes de la Edad Media los copiaron profusamente como ejemplo de buen estilo latino. Los discursos muestran puntos de interés en sí mismos, y más adelante en este capítulo nos ocuparemos de algunos de ellos, pero la colección de cartas resulta fascinante por el enorme número de sus correspondientes y por la luz que arroja sobre distintos aspectos del estilo de vida que llevaban los romanos de la Roma tardía. El propio Símaco era inmensamente rico y muy representativo de su clase, ya que poseía una cartera de propiedades y tierras que tachonaban el centro y el sur de Italia, Sicilia y el norte de África: algunos de sus pares poseían además fincas en Hispania y el sur de la Galia.¹⁰ Los componentes siciliano y norteafricano de su cartera de propiedades son un reflejo de las adquisiciones que realizaron en esas zonas los antiguos grandes de Roma tras las victorias obtenidas sobre Cartago durante las guerras púnicas, y del ulterior intercambio de tierras producido entre sus descendientes a lo largo de siglos de herencias y de acuerdos matrimoniales. Cada uno de los reinos imperiales había asistido al ascenso de un cierto número de «nuevos notables», los cuales habían entrado a formar parte del círculo por medio de vínculos matrimoniales, pero, a lo largo de los siglos, el senado continuó siendo el cenit de la sociedad imperial, el patrón de excelencia que invariablemente se proponían alcanzar todos los arribistas romanos. De este modo, la difusión geográfica de los bienes raíces de los senadores, incluso después de muchos siglos, siguió siendo un reflejo del primitivo ascenso de Roma a la grandeza.

Símaco y sus pares eran extremadamente conscientes del peso histórico que ellos mismos y su institución atesoraban, y también esto queda claramente consignado en las cartas. En un par de ellas, Símaco alude al senado de Roma con la expresión «la mejor agrupación del género hu-

mano»: *pars melior humani generis*.¹¹ Con esto no sólo pretendía decir que él y sus iguales poseían una fortuna mayor que la de cualquier otro hombre, sino que también eran «mejores» seres humanos en el sentido moral: que poseían una mayor virtud. En el pasado, era mucho más habitual reivindicar que uno tenía mayores posesiones porque su mayor estatura moral le autorizaba a ello. Sólo a partir de la segunda guerra mundial ha empezado a volverse tan predominante el culto a la riqueza por la riqueza que ya no parece necesaria ninguna otra justificación para la posesión de propiedades de privilegio. Las cartas nos proporcionan un vislumbre único de la imagen de superioridad moral que tenían de sí mismos los romanos de Roma, lo que les permitía justificar su riqueza. Aproximadamente una cuarta parte de las novecientas cartas está dedicada a prodigar recomendaciones cuyo propósito es familiarizar a los pares más jóvenes con las encumbradas relaciones de Símaco. En repetidas ocasiones se mencionan virtudes de uno u otro tipo: «integridad», «rectitud», «honestidad» y «pureza de costumbres»; todas estas cuestiones aparecen planteadas a intervalos regulares. No se trata de una lista aleatoria de atributos: para Símaco y sus pares, sus posesiones estaban explícitamente vinculadas a un tipo de educación determinado.

La roca firme sobre la que se asentaba el sistema era el intenso estudio de un pequeño número de textos literarios examinados con la guía de un experto en la lengua y la interpretación literaria: el gramático. Esto mantenía ocupado al individuo durante siete o más años, desde que alcanzaba los ocho de edad, y se concentraba únicamente en cuatro autores: Virgilio, Cicerón, Salustio y Terencio. Al terminar, el joven pasaba a estudiar con un rétor, con el que examinaba una gama de textos más amplia, aunque los métodos empleados eran a grandes rasgos los mismos. Los textos se leían línea por línea, y cada giro del lenguaje era debidamente identificado y debatido. Un ejercicio escolar característico consistía en tener que expresar algún suceso cotidiano con el estilo de alguno de los autores escogidos («Una carrera de carros tal como la contaría Virgilio: podéis empezar»). En esencia, se consideraba que estos textos contenían un canon de «corrección» lingüística, y los niños debían aprender esa forma de expresión —tanto el vocabulario concreto como la compleja gramática que estructuraba su empleo—. Una de las cosas que se conseguían con este procedimiento era mantener al latín culto confinado en una especie de círculo vicioso cultural, ya que se impedían, o cuando menos se ralentizaban significativamente, los procesos normales del

cambio lingüístico. También tenía el efecto de permitir una identificación instantánea. Tan pronto como un miembro de la élite romana abría la boca resultaba obvio que había aprendido el latín «correcto». Es como si el sistema educativo actual se concentrara en las obras de Shakespeare al objeto de distinguir a las personas cultas por su capacidad para hablar entre ellas un inglés shakespiriano. Como indicación de la gran diferencia que podía presentar, para el siglo IV, el latín de la élite respecto del habla popular, las pintadas descubiertas en Pompeya —enterradas durante la erupción del año 79 d. C.— sugieren que en su uso cotidiano el latín estaba ya evolucionando en la dirección de un romance de gramática menos estructurada.

Pero el arte de la conversación era sólo una parte del asunto. Además del estilo de estos textos, Símaco y sus amigos también sostenían que el hecho de absorber su contenido hacía de ellos unos seres humanos dotados de un peso imposible de igualar. La gramática latina, argumentaban, era un instrumento que desarrollaba una mente lógica y precisa. Si uno no dominaba los modos y los tiempos verbales, no lograría decir con precisión lo que deseaba transmitir, ni expresar con fidelidad la exacta relación entre las cosas.¹² En otras palabras, la gramática era una introducción a la lógica formal. Símaco y sus pares también consideraban sus textos literarios como una especie de base de datos que atesoraba ejemplos de comportamiento humano —tanto buenos como malos— a partir de los cuales, y con la adecuada guía, era posible aprender qué debía y qué no debía hacerse. En un plano muy elemental, el destino de Alejandro Magno le enseñaba a uno a no emborracharse en un banquete y a no alancear a su mejor amigo. Pero también había algunas lecciones más sutiles que aprender: sobre el orgullo, la contención, el amor, y así sucesivamente, sin olvidar sus consecuencias. Todo ello se ejemplificaba mediante las acciones y los destinos de los individuos concretos. En un plano aún más profundo —y aquí el método romano se hacía eco de una filosofía educativa desarrollada originalmente en la Grecia clásica—, Símaco y sus iguales razonaban que sólo mediante la ponderación de la amplia gama de acciones de unos hombres que unas veces se comportaban bien y otras mal resultaba posible desplegar la totalidad del abanico intelectual y emocional propio, elevarse uno mismo a la mayor excelencia que le fuera dado alcanzar. La auténtica piedad, el amor verdadero, el odio probado y la admiración genuina no eran cosas que se dieran de forma natural en las personas incultas. La ilustración y la humanidad

real debían pulirse en la fragua del aula de latín. Tal como dijo Símaco en el caso de un tal Paladio: «[Su] discurso ... impresionó a la asamblea latina por su hábil distribución en partes, su rica inventiva, la gravedad de sus pensamientos, la brillantez de sus palabras. Te doy mi opinión: es tan virtuoso en su estilo oratorio como en su carácter».¹³ Los romanos cultos no sólo hablaban una lengua superior, sino que, desde el punto de vista de Símaco y sus compañeros, debatían en esa lengua de cosas que eran inaccesibles a las personas incultas.

Para la opinión moderna, una buena parte de este planteamiento resulta muy poco atractiva. Aunque el gramático también utilizaba sus textos para suscitar cuestiones históricas, geográficas, científicas y de otro tipo, según conviniera, el currículo era extraordinariamente sucinto. La concentración en el idioma tenía también el efecto de convertir al latín escrito en un medio de carácter profundamente formal. En sus cartas, Símaco tiende a dirigirse a todo el mundo —al igual que Gladstone, según la queja de la reina Victoria— como si estuviese en una reunión pública: «Para que no se me achaque el delito de interrumpir la correspondencia, prefiero ser diligente en mi deber antes que permanecer inactivo esperando largo tiempo una respuesta».¹⁴ Éste es el encabezamiento de la primera carta de la colección, una carta escrita a su padre en el año 375. Semejante formalidad en la relación entre un padre y su hijo no era considerada desafortunada en el siglo IV. De hecho, por lo que hace a los antiguos, se consideraba que los frutos de esta educación preciosista debían hacerse ante todo patentes en el arte de una diestra elocución pública. Símaco era conocido en su época, deseaba ser recordado como «el Orador», y tenía la costumbre de enviar a sus amigos copias de sus discursos.¹⁵

No todos los romanos tardíos estaban tan centrados en la educación y en su importancia como Símaco, pero todos coincidían en que dicha educación no sólo capacitaba al individuo para identificar por sí mismo la virtud, sino que le proporcionaba las herramientas necesarias para persuadir a otros de su (correcta) opinión. En otras palabras, lo que hacía esa educación era conceder a sus beneficiarios la capacidad de dirigir al resto de la humanidad. Como era de esperar, se consideraba que de la posesión de esta ventaja tan intensamente codiciada se desprendían varias responsabilidades. Si se había sido preparado para el liderazgo, se estaba obligado a liderar. Esto podía adoptar la forma de una contribución a la elaboración de leyes justas, del desempeño de un alto cargo con

rectitud ejemplar, o, desde un punto de vista menos formal, de la simple exteriorización de un ejemplo público de conducta adecuada. La sociedad de la antigua Roma sostenía que nadie debía tratar de controlar a otros mientras no fuera capaz de controlarse a sí mismo. Las personas cultas tenían también un deber de servicio a la tradición literaria en la que habían sido educados. El estudio de los textos antiguos, que en ocasiones se manifestaba por medio de ediciones y comentarios nuevos, era un deber que se desarrollaba a lo largo de toda una vida, un deber al que Símaco y sus amistades daban continuidad con entusiasmo. Las cartas mencionan la obra que el propio Símaco escribió acerca de la *Historia natural* de Plinio, y uno de sus más íntimos amigos, Vettio Agorio Pretextato, era un experto en la filosofía de Aristóteles. Las tradiciones de la transcripción manuscrita de la mayoría de los textos clásicos conservan los comentarios marginales de los diferentes grandes de Roma, y los escribas medievales los copiaron una y otra vez a lo largo de los siglos.¹⁶

Quizá lo más importante de todo fuera que un miembro de una élite educada estaba obligado a mantener buenas relaciones con sus pares. En muchos sentidos, las cartas de Símaco son terriblemente frustrantes. Vivió una época interesante, conoció a todos los que eran alguien en aquella sociedad, y cruzó cartas con la mayoría de ellos. Sin embargo, es extremadamente raro que sus cartas hagan algún comentario sobre el curso de los acontecimientos. En consecuencia, los historiadores, exasperados, han solido desestimarlas: «nunca escribió un hombre tanto para decir tan poco».¹⁷ En realidad, Símaco sí que tenía opiniones, y opiniones sólidas, pero no es ésa la cuestión. La principal trascendencia histórica de las cartas reside en su volumen conjunto, y en lo que nos indican sobre los valores de las élites de la Roma tardía, no en lo que dicen o no dicen sobre acontecimientos concretos. Su mensaje estriba en que la élite romana comparte una cultura privilegiada y bien delimitada y necesita mantener su cohesión a toda costa. Sus cartas transmiten la idea de que tanto el emisor como el receptor pertenecen a un mismo club —de que ambos, con la inimitable expresión de Margaret Thatcher, son «uno de nosotros»—. Existían normas bien definidas. La primera carta que se dirigía a alguien se asemejaba a una primera visita personal. Y si al escribir no se presentaba una justificación razonable se corría el riesgo de despertar suspicacias o antipatías. Una vez que se había establecido la comunicación, el repertorio de justificaciones razonables por un silencio pasaba por aludir a la aparición de una enfermedad personal o familiar,

y a las responsabilidades del cargo. Aunque resulte bastante extraño, una persona que se dispusiera a abandonar Roma tenía que ser la primera en escribir: sólo entonces podía contestarle su corresponsal. Una vez establecida, una relación podía contribuir a objetivos muy distintos —como atestiguan las más de doscientas cartas de recomendación de Símaco—, pero lo más importante era la relación misma.¹⁸

Una buena parte de este mundo y de sus presupuestos culturales le habrían resultado familiares a Julio César. La mayor parte de la ideología educativa de Símaco había penetrado en la cultura romana a través de su contacto con Grecia, donde los intelectuales habían estado tejiendo complejas teorías sociales y políticas desde mediados del primer milenio a. C. Buena parte de esa penetración se había producido ya en los tiempos de César. El propio César era un hombre de letras y de oratoria, y vivía en una sociedad que tenía en alta estima esas aptitudes. Cicerón, el mayor de los oradores latinos y uno de los integrantes del cuarteto canónico que con tanto entusiasmo estudiaban Símaco y sus amigos en el siglo IV, era contemporáneo de César. Como era de esperar, tras cuatrocientos años de constante estudio de un restringido corpus temático, las reglas de la composición de los distintos géneros de la literatura en latín habían adquirido una complejidad mayor que en los días de César, pero la idea fundamental era la misma. Igualmente familiar a las dos épocas habría sido la visión de una élite definida por una educación exclusiva y por el destino de dirigir a la humanidad.¹⁹

César también habría reconocido, más o menos, a las apretadas masas no pertenecientes a la élite que seguían integrando la mayor parte de la población de Roma en el siglo IV. Estas masas aparecen únicamente de forma incidental en las cartas de Símaco, pero en ellas vislumbramos la misma necesidad básica de *panem et circenses* —de «pan y circo»— para tenerlas contentas y evitar la agitación social. En una ocasión, al no llegar alimento desde el norte de África en tiempos de Símaco, los plebeyos desprovistos de tierras se volvieron peligrosos, como ya había ocurrido en la época de su padre —y por buenas razones—, al producirse una escasez de vino. Los romanos tenían una fórmula para fabricar una argamasa capaz de fraguar bajo el agua en la que figuraba como ingrediente el vino, y cuando el pueblo llano tuvo noticia del asunto, el padre de Símaco se hallaba supervisando unas obras de construcción que utilizaban esa mezcla. Sin duda, la utilización de vino para la elaboración de una argamasa cuando *ellos* se estaban quedando sin él era una cues-

tión digna de provocar motines.²⁰ El padre de Símaco se vio obligado a abandonar la ciudad.

La preocupación por mantener contento al pueblo se muestra también en los elaborados preparativos que realizó Símaco hijo para los juegos apolínarios que debía ofrecer su hijo Memio a fin de festejar su propio ascenso al orden senatorial. El mismo César había ofrecido esos juegos varios siglos antes. Entre otras atracciones, Símaco había logrado contar con siete perros de caza escoceses —presumiblemente algún tipo de perro lobo— y, gracias a algunos de sus contactos en la frontera, con veinte esclavos, que, divididos en grupos de cinco, debían ser entregados a cada una de las cuatro facciones que apoyaban a los carros en el hipódromo. Todo el asunto se redujo a una gigantesca representación teatral pero, si hacemos caso a las cartas, parece que nos halláramos ante una relación de accidentes, pese a que algunos de ellos no fuesen más que molestias menores. En una de las cartas, un Símaco bastante irritado se queja por tener que pagar derechos de aduana por unos osos que había importado del norte de África.²¹ Un episodio aún más fastidioso fue el hecho de que una tropa de actores y de profesionales circenses que Símaco traía contratados desde Sicilia se «perdiera» en las playas de la bahía de Nápoles, donde cabe suponer que se estaban dedicando a realizar improvisadamente algunos pequeños trabajos extra, hasta que un agente de Símaco se las arregló para encontrar su rastro y despacharlos a Roma.²² Diez años antes, los caballos de Hispania habían sido particularmente bien acogidos en sus propios juegos consulares, así que Símaco asedió a un contacto ibérico para que le procurase unos cuantos para su hijo. Por desgracia, sólo once de los dieciséis que había encargado sobrevivieron al viaje, lo que arruinó sus planes. (Se necesitaban cuatro troncos de cuatro caballos —uno para cada facción— para una carrera de carros.²³) El último vislumbre que tenemos de este Símaco convertido en director de circo nos deja más bien sumidos en la desesperación. Según nos dicen las cartas, se habían producido retrasos, y dado que los únicos cocodrilos que habían llegado con vida se negaban a comer, nos encontramos ante un Símaco concentrado en reclamar ansiosamente que los juegos comenzasen antes de que los pobres animales murieran de inanición.²⁴ Con todo, la realidad que se esconde tras los bastidores de todo buen teatro es un caos total, y sin duda eso es lo que también debió de suceder en tiempos de César.

Si ceñimos nuestra observación a la ciudad de Roma, el alcance de la transformación experimentada por el imperio entre la época de César y la de Símaco no resulta inmediatamente visible. En el siglo IV, Roma seguía siendo para el imperio una base de excesivas dimensiones, pues tanto su población como su grandeza se veían engrosadas por las rentas del imperio. Del mismo modo, la ciudad seguía dominada por una resuelta élite de sangre azul henchida de amor propio que afirmaba confiadamente su superioridad y que sólo de forma ocasional se dignaba a mirar por encima del hombro a las masas urbanas. Sin embargo, por muy grande que fuese, Roma no era más que un rincón del imperio, y pese a su ininterrumpida grandeza, la ausencia de cambios era más aparente que real.

LA CORONA IMPERIAL

A principios del invierno del año 368 al 369, Símaco abandonó Roma y se dirigió hacia el norte. No era ningún viaje de placer. Encabezaba una embajada del senado enviada al norte de los Alpes, a la ciudad de Tréveris, situada en el valle del Mosela (en el punto en el que la actual Alemania hace frontera con Francia y Luxemburgo): el viejo escenario de las luchas de Induciomaro, el cabecilla de los tréveros, que unos 421 años antes había forzado a los eburones a atacar a Sabino y a Cotta. Como es habitual, ninguna de las cartas de Símaco nos proporciona detalle alguno del viaje, y tampoco mencionan ni su ruta ni sus circunstancias. Sin embargo, en tanto que misión oficial del senado, los miembros de la expedición tenían derecho a utilizar el *cursus publicus*, la red atendida por instancias oficiales e integrada por postas en las que se podían cambiar los caballos o encontrar alojamiento para la noche. La calzada principal del norte discurría a través de los Alpes y cruzaba el paso de San Bernardo hasta llegar a las fuentes del Ródano, después continuaba avanzando junto al río Saona hasta alcanzar la cabecera del Mosela y descender a lo largo del río hasta la ciudad de Tréveris. Si el deificado espíritu de César hubiese viajado con estos embajadores, cualquier reconfortante impresión de familiaridad que la ciudad de Roma hubiera podido generar en él se habría disipado rápidamente al contemplar la magnitud de la transformación experimentada por estos territorios durante los cuatro siglos que habían mediado entre su época y la presente.